

JUANA LA DEL CORBATERO

Poco antes de las siete de la tarde, la estación acogía a la misma señora de todos los jueves, muy pasada de años, con manos de trabajar y rostro cansado, la Juana del Corbatero, que la llamaban en el pueblo.

Y el motejo le venía por aquel viajante de paso, que hacía más del medio siglo, se apeó un jueves de verano, y con su apostura, su charlatanería y su galanteo, la enamoró hasta preñarla y cargarla con un hijo.

Al cabo de una semana, tras prometerle que la amaría siempre, el viajante de corbatas se despidió mientras Juana le agitaba su pañuelo, despidiéndolo hasta la siguiente semana.

Pero con los últimos humos del vapor de la locomotora, se fue la última verdad del vendedor de corbatas.

Juana perdió la cabeza, y cada jueves desde aquel, porque él le dejó dicho que volvería, regresaba a la estación por la tarde año tras año a esperarlo, por ver si se apeaba otra vez su viajante, esperando cada tren correo el jueves en su tarde, tras la descarga y el apeo de los escasos equipajes, cartas y viajeros, por si alguno fuera, que nunca lo fue más, el corbatero.